



Rubén Darío

Salomón de la Selva

La Política y Rubén

Continuación...

Alejandro Reyes Huete

Resulta interesante conocer la opinión de Darío sobre un tópico considerado fundamental en nuestro sistema republicano, me refiero a las elecciones, estilo latino, y que él expuso en un artículo titulado "La Comedia de las Urnas", y del cual son los siguientes párrafos:

"Sostengo que hay diferencia en la mayoría de los electores, y que la conocen los candidatos y la aprovechan... No querría que se creyere por esto que todos los candidatos son farsantes. Pero juzgo que a la mayor parte les falta sinceridad. Pues yo llamo sincero a aquel que, dándose cuenta de lo que significa su mandato, no disfraza la verdad exagerando el bien, paliando y velando el mal, a aquel que no promete sino lo que puede cumplir, y que lo promete sino lo que puede cumplir; y que lo promete porque está resuelto a ponerlo en práctica en seguida, a aquel que lucha por un ideal. Llamo sincero, en fin, al candidato que, habiendo buscado y encontrado en la rectitud de su conciencia la manera de hacer el bien verdadero al país en general y no sólo a su circunscripción, pone toda su voluntad, toda su alma, todo su ser; en transformar su programa en actos, y que si no ha hecho todo lo que ha querido, ha hecho de todas maneras, lo que ha podido..."

No es toda la verdad lo que contienen (los discursos electorales). No dicen que se amenacen las libertades y los derechos más sagrados, que se aumenten cada año, por la superchería y el derroche, los gastos, las deudas y el déficit, que por abandono y por incuria se desorganice la defensa nacional, que tenga toda suerte de complacencias para reprimir en la administración el desorden y la anarquía, ni que se va, por pretendidas reformas, contra todos los intereses, como si la prosperidad, el comercio y la industria pudieran resistir siempre tan repetidos golpes.

En cuanto a los candidatos nuevos, de cualquier partido a que pertenezcan, sus franquezas me son sospechosas. Los unos en efecto conservadores o nacionalistas, exponen programas que radicales completos no desaprobaban. Llevados por una especie de respeto humano, hacen concesiones a aquellos mismos cuyos principios rechazan, con tal de lograr los votos.

Esa falta de sinceridad de parte de los candidatos no va, en último análisis, sin su falta de respeto para el elector. No os diré una novedad si os digo que el res-

peto no consiste, en muestras exteriores de deferencias, o en la expresión de fórmulas de urbanidad. Respetar a alguien es, ante todo, suponerle un buen sentido, un juicio por lo menos cercano al nuestro. Es un segundo lugar, tratarle como una personali-

mo la humanidad, aunque nueva en su despertar, va ensanchando su dominio en todos los países, el pueblo despierta y siente que tiene un destino que cumplir, comienza a tener conciencia de su fuerza, de manera que la perfidia florentina provoca violentas y pe-



dad moral a la que no se procura el engaño o el daño. De modo que no decir la verdad a los electores, es ya reconocer su falta de inteligencia.

"Pero decirles tonterías, es tomarlos como a incurables imbéciles".

Esos párrafos muestran la sagacidad honesta del pensamiento político de Darío. Las acrobacias de los caciques lugareños, la burda pantomina del voto, "la comedia de las urnas", como él la llama, no engaña a nadie y ha levantado en la conciencia pública costra de desconfianza y de irritación, difíciles de limar.

El sufragio, desacreditado en la práctica de nuestra historia, no es la médula sino la máscara de la democracia, flor sin aroma, agotada por periódicas violaciones de los dirigentes políticos. Pero lo peor en esta cuestión es lo que Darío llama falta de sinceridad de los candidatos, porque significa la falta de respeto a la ciudadanía, falta de ética o moral política, imprescindible para el desarrollo pacífico y eficiente de las naciones. El concepto de que el mejor político es aquel que más engaña, es arcaico y está desacreditado, aunque los tiranos lo usen y temporalmente triunfen con él. Maquiavelo aconsejó a César que oprimiera a sus vasallos mediante el temor, la perfidia y el desprecio, para que afirmara su poder. Fue el genio del mal de la tiranía. Pero una fuerza vieja co-

ligosas reacciones. La política nueva pide las cartas sobre la mesa, la verdad y la sinceridad como sus mejores postulados. Cuando Churchill pidió a los ingleses sacrificios, sudores y sangre para salvar el imperio, fue sincero y fue potente, escribiendo con ello la página inmortal de la victoria en la llamada Segunda Guerra Mundial.

No obstante el convencimiento de que las masas afloraban en el escenario mundial con fuerza creciente y temible, Darío sintió siempre aversión por la torpeza e ignorancia de ese naciente poder, tanto más temible cuanto más irresponsable aparece en el tinglado donde se representan los dramas de la historia.

Alma delicada, se bañaba de claridad y de gozo íntimo en presencia de una testa coronada o de un título nobiliario, pero se erizaba de temor y enfermaba de pena y asco ante las turbas mal olientes, mal vestidas y mal habladas. Aristócrata del pensamiento, lo era también del buen vivir. Nunca pudo comprender la farsa de los policastros que se confunden con la plebe y halagan sus bajos instintos igualándose a ella, en busca de sus votos que, en realidad, no necesitan para el logro de su ambición.

Como buen pensador conoció y temió el criterio cambiante de la muchedumbre, la historia le había enseñado terribles lecciones de ascensos y caídas, de fulgores y tinieblas, supo que cerca del Capitolio

queda la roca Tarpeya, que el Tabor no está muy lejos de Getsemani, y que el vulgo aplaude a Barrabás mientras condena al Galileo.

Por eso en "Dinamita" escribió: "El anarquismo asoma su faz en todas partes. Se trata sencillamente de aniquilar al enemigo. Para Caín, el labrador, el enemigo es Abel, el estanciero. El enemigo es el propietario, que tiene casa, el Juez que tiene autoridad, el creyente que tiene a Dios. Engels había dicho en Alemania: "Tiempo vendrá en que no habrá más religión que el socialismo".

Venid a mí, exclamó Cristo, todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar. A los cual se le contestó con Bakunine: El Cristianismo ha sido tan funesto a las naciones occidentales como el opio a los chinos. La religión que se ha de seguir es la que satisfaga a la bestia atacada de bulimia. Hay que ser ricos a toda costa, y puesto que no podemos serlo, destruyamos la propiedad ajena, igualemos a fuego y sangre las cabezas de la humanidad, que más allá no hay nada.

¡Dios me libre de que yo esté en contra del dolor, de que ataque o escarnezca a la miseria!. Tampoco he de ponerme del lado del rico avaro, de los que dejan morir de hambre a sus obreros. Más he de estar siempre contra la avenida cenagosa, contra la oscura onda en que hierven todas las espumas del populacho, contra el odio de abajo, contra la envidia de lo negro a lo blanco, de lo turbio a lo brillante, de lo basto a lo fino, de la fealdad a la hermosura, de la vulgaridad a la distinción. Más que la moral es la estética lo que me impulsa a combatir la rabia anárquica... Para los anarquistas y comunistas la moral no existe, las clases no existen, la propiedad no existe, la justicia no existe, Dios no existe".

No, Darío no fue político de campanario, y si se aprovechó a veces, de esta clase de políticos fue impelido por urgencias fisiológicas, pero salvó los baches sin salpicaduras denigrantes que mancillaran su ya conquistado nombre de poeta de la Raza. Su alma sensible supo agradecer la valiosa o menguada ayuda que le dieron algunos Presidentes de América considerados como tiranos o dictadores. Lo cierto es que semejante ayuda favoreció los vuelos del genio, y por consiguiente, la más amplia divulgación de la Armonía y de la Belleza.

Pero si repudió las fanfarrias y garrulerías de la politiquería criolla, si huyó asqueado de las monotonías, condenó indignado el cuartelazo, la traición, el latrocinio, tres lacras inseparables del partidarismo político, se emocionó hasta el éxtasis ante una acción patriótica, ante un gesto heroico. Su palabra no bordó estrofas ni combinó períodos esplendorosos en la celebración de nuestra independencia, porque ella no dió lugar a páginas broncíneas, y mayor resonancia tuvieron los brotes libertarios de dos lustros antes en El Salvador y Nicaragua. Sin embargo, la Guerra Nacional desatada en este país por la intransigencia política y por la megalomanía del filibustero Walker, fue escenario de episodios de patriotismo supremo.